

TIRANIA DE LOS ESPAÑOLES EN EL NUEVO MUNDO

Infeliz instante en que fueron descubiertas las Américas. Injusto elogio el que por tres siglos dieron a Cristóbal Colón las naciones. Su talento no ha sido menos perjudicial que el de Espinosa: ojalá, y ojalá hubiera servido para siempre de burla a los gabinetes. Celosa la providencia de sus derechos y amante el Creador de aquellos seres que emanan de su omnipotencia, hallaría medios más legítimos y proporcionados para introducir la doctrina del legislador pacífico. Tierras australes fijad un divorcio perpetuo con el resto del globo, y no consintáis que en nuestro terreno holle el pie del europeo civilizado. Dicte algún ángel la verdadera Ley entre vosotros, como en otro tiempo se les enseñó a los israelitas desde el Sinaí. Los espacios, la riqueza, los frutos que se crían en vuestro seno causarán vuestra ruina, vuestra infelicidad, vuestra desgracia. Sentirá la quinta parte del globo lo que ha experimentado la cuarta. Cuanto sea vuestra índole más suave y humana, sería mayor para nosotros, la opresión y esclavitud.

Quisiera en mi obra haber suprimido este capítulo, pero no era posible al orden de mis ideas. No hay pluma, ni tinta adecuada para representar los asesinatos, robos, crueldades, injusticias de los españoles en las Indias. Pulsa el corazón el recordar estos hechos con movimiento tan fuerte que no le dejan al espíritu libres y expeditas sus funciones. La angustia, la cólera, la justa venganza se apoderan de mí y no acierto ni con el lenguaje, ni con la expresión. Me figuro estos lugares habitados en otro tiempo por millones de sus antiguos dueños; como ahora treinta o cuarenta leguas, y no hallo en quien preguntar por la causa que ha influido a desolarlos. Pero, ¿para qué lo he de preguntar? La tierra manchada con la sangre, los pelados huesos, y los cráneos gritan al Eterno continuamente y avisan al viajero cual ha sido la cortadora hoz que separó los cuellos de millares de indefensos, e inocentes.

Cómo tiemblo al presenciar el testimonio de estos tristes restos de la humanidad sofocada. Las profecías de Fray Bartolomé de las Casas me hacen temblar. Rara vez se señala el tiempo de los anuncios, las semanas de Daniel eran problemáticas con respecto a los plazos de cada una. Se

cumplen cuando menos se piensa ni se espera, y los signos dan a entender que va a verificarse en la presente dominación.

No escribiera este ligero papel, ni derramara el bálsamo precioso del tiempo a no contemplar que las amenazas del Dios justo son condicionales. Si se le avisa a Nínive que en cuarenta días ha de ser destruida en el mismo hecho, y por la misma voz, se le abrió el camino a la penitencia. La ciudad no fue por entonces desolada. El que había dictado la sentencia, era más compasivo que el profeta. Se revocó el decreto del castigo por acciones contrarias del pueblo. Espero que así sea entre nosotros, y que el conocimiento de lo que se hizo sólo sirva de norma para variar enteramente en lo posterior. Los injuriados que habitan la mansión del descanso, serán los primeros que postrados ante el solio del Señor, levanten sus ecos en favor de los españoles.

En los primeros cuarenta y cuatro años del descubrimiento de las Américas, murieron cincuenta millones de indios, doce asesinados por los españoles, y el resto de resultas de sus inhumanidades en trabajos y miserias más lentas. Provincias que constaban de seiscientos mil habitantes, se vieron reducidas a doscientas personas. Los reyes, caciques y señores naturales eran entregados a las llamas con la ínfima plebe, después de robarles sus tesoros, deshonorar a sus mujeres, y apoderarse de sus estados. En ciertos días sacrificaban trece víctimas en nombre de los doce apóstoles y del Cordero sin mancha. Apostaban entre sí sobre el mérito de sus espadas y sus fuerzas, dividiendo de un golpe el cuerpo de aquellos infelices. Salían a caza de racionales y contaban con placer el fruto de su bárbaro entretenimiento. Se vendía la carne humana públicamente, como hoy la de los brutos; se prestaba un cuarto de hombre para darlo a los perros, con la promesa de pagarlo en la misma especie.

Obligando a los indios a trabajar en las minas, destinaban las mujeres al sembrío de los campos, y escaseando a unos y a otros los alimentos, tragaba la muerte millares de estos desgraciados. Mantenido la india con raíces en corta cantidad, le faltaba el néctar que había de nutrir a la prole, y morían ambos en debilidad y languidez. Las yerbas silvestres eran el alimento más delicado y no pudiendo sostener con sustancia escasa las grandes tareas que se les daban, o fallecían de necesidad o se enterraban vivos, o se suspendían de los árboles. Los perros estaban enseñados a perseguirles, y con el furor de estos animales no les dejaban tranquilos ni en el centro de los montes. Les ponían los pies sobre ascuas para que confesasen donde tenían sus riquezas, a otros les cortaban las manos para atemorizar a sus compañeros. A los delicados niños o los estrellaban contra las rocas o los dividían tomándolos de los pies en presencia de sus madres. Es preciso aliento para continuar esta materia, porque el hombre sensible une las lágrimas con la tinta.

Cada español comía en un día, lo que diez indios en un mes. Agotaban las provisiones de estas gentes sobrias y moderadas. Hacían que condujesen a distancia de ochenta y de cien leguas cargas pesadísimas en las espaldas. Morían como bestias en los caminos, sucediendo los otros en el peso y el tormento. El hambre, la fatiga, la tristeza, exorbitante trabajo, ocasionaban el desabrimiento para la unión de los sexos. Faltaba la prole y con tan bárbaros recursos era muy fácil extinguir en doscientos años todo el linaje humano.

Estos racionales que observan la ley natural en la mayor parte que veían, que el pago de la hospitalidad, afecto, y amor, con que habían recibido a los extranjeros, era quemarlos vivos dentro de sus casas, o encerrarlos en grandes circos para entregarlos al fuego; creían que la deidad de los españoles era cruel, avara y furiosa, y que el monarca de ellos tenía una codicia insaciable. Por eso el principal Cacique de la isla de Cuba, juntó sus gentes e hizo funciones a una canasta de oro para tener grato al Dios que adoraban los españoles. Todo esto consta de documentos en el Consejo de Indias y lo puso bajo su firma el respetable Fray Bartolomé de las Casas.

En alguna ocasión vendían los españoles a los indios los ídolos que habían quitado en otros pueblos. Impedían los progresos del Evangelio, haciendo sospechosos a los religiosos de San Francisco, que se esmeraban en la enseñanza. Cuando se descubría en los indios gran docilidad y adhesión al Cristianismo, los conquistadores lo hacían odioso con su ejemplo. Se esforzaba un misionero a animar a un indio sacrificado a las llamas a que esperase el beneficio del paraíso. Preguntó el infeliz si entraban allí los españoles, y con la contestación renunció la bienaventuranza por no tener tales compañeros.

El gran Hernán Cortés, ese héroe del Poema de Solís ¿qué no ejecutó de tiranías, abominaciones y crueldades? Se señala como una de sus grandes hazañas, haber puesto grillos a Moctezuma en medio de la Corte y sus vasallos. Este heroísmo es atentado, el más atroz, contra los monarcas. ¿Qué hubiéramos dicho si Murat le hubiera puesto en Madrid a nuestro amable Fernando una cadena al pie? Nuestros gemidos se hubieran levantado hasta el cielo por aquella injusticia. Pues no hay razón de diferencia, ambos eran reyes sujetos únicamente al juicio de Dios y de sus pueblos.

Hernán Cortés pone a Guatimosín, Emperador de México, en brazos encendidas, para que descubra sus tesoros y sufre el mismo martirio su valido. Quiere éste confesor y le anima el monarca diciéndole: ¿acaso estoy yo sobre rosas? Hernán Cortés estuvo siempre en público concubinato con la india que le servía de intérprete; no obstante comulgaba en los días festivos, siendo los primeros sacrilegios de América y la semilla de la familiaridad con que se ha visto el santo y augusto sacramento.

Se ponderan sus victorias y se elevan a las estrellas sus hazañas, sin advertir que el hombre sensato jamás se persuadirá a ellas en el modo que los historiadores parciales las refieren. La *Ciropedia* enseña lo que debió ser *Ciro*, y todos los reyes, no lo que fue. Siempre hay gran distancia entre las pinturas y la verdad de los hechos. Había miles y millones de indios; pero sin armas, indefensos e iguales a los niños de diez años. Peleaban los españoles resguardados de la preocupación, teniéndolos por seres diferentes del común de los mortales.

Si asombra lo que hasta aquí he expuesto, que no es sino un ligerísimo extracto de autores fidedignos ¿cómo explicaré lo que corresponde al Perú y a sus infernales conquistadores? ¿Cómo podré significar las maldades de fascinerosos que salieron de los presidios sin religión¹, sin moral y sin costumbres? Monstruos que sólo tenían la figura de hombres y que eran peores que los lobos y los tigres. No trato de escribir la historia de los países, y sólo diré una que otra cosa muy notable. El jefe Pizarro pastaba cerdos en su primera edad, no sabía leer ni escribir, era bastardo de un clérigo y su mayor ascenso había sido de simple soldado. ¿Qué serían los súbditos si éste era General? Sus acciones lo dicen. Atahualpa es degollado después que compró el rescate de su vida con exorbitante suma de oro, que entregaron con fidelidad los pueblos². No valieron los ruegos, las promesas, ni la sumisión forzada a Carlos V. La vida se le quita, y no para constituir en el trono a Huascar, sino para devorar el rebaño que quedaba sin cabeza. Bendita sea la mano que a este asesino lo castigó en el seno de su familia, cumpliendo las disposiciones del Eterno.

El padre Valverde, ese primer Obispo que quería que entendiese el Inca la escritura y en una conversación de tres minutos que quedase instruido en los grandes misterios de la beatísima Trinidad, Encarnación, propagación del género humano por un solo hombre, autoridad del Papa y grandeza del Emperador Carlos, mereció grandes recompensas. Este religioso aconsejaba que no se usase de la espada, dándole de plano a los indios, porque podía quebrarse, que se les hiriese de punta, que era un modo más seguro, sin malograr el instrumento. Debíó morir arrepentido, pues su hermano casó con infanta de estos reinos: siendo de nobleza acendrada, vendría a desengañar de lo que vale la sangre real en todos los pueblos.

Pero ¿qué podríamos esperar de gentes tan groseras, que examinado un Gobernador sobre la instrucción que había dado a los indios, no supo formar la señal de la cruz? La avaricia era la pasión dominante, acompañada del furor y la crueldad. La sensualidad corría tan sin límites, que

¹ Hablo en general y con mucha distinción de los primeros pobladores, entre los que hubieron muy ilustres.

² Hablo también con generalidad y sin tocar a muchas familias que descienden de conquistadores. Sabemos cuales son y el decoro que se les debe guardar.

no se contentaba cada individuo con doce o dieciséis mujeres, quitándolas a sus maridos y a sus padres. Se anhelaba los tesoros para comprar los puestos y distinciones, constituyéndose en títulos de Castilla hijos de carniceros, emparentados en la ínfima plebe.

Este fue el estado de América en los años próximos a lo conquistada, su estado actual lo tengo escrito en mi otra obra titulada *Plan de las Américas**. Basta decir que muchos vienen pobres, se hacen ricos y aborrecen a sus propios hijos por ser nacidos en estos países³. Nos han querido ver como inferiores o esclavos, pagando la debilidad con que posponiendo a nuestros compatriotas les hemos entregado nuestros caudales y nuestras hijas sin otro examen que el ser nacidos en España. Los hemos tenido por nobles y apoyados en nuestra sencillez tomaban este distintivo hasta ahora en sus escritos.

Parece que estoy de acuerdo con cuanto puede haberse escrito en Buenos Aires, en Quito, en Santa Fe, Caracas, México y Chile, y que como Aníbal juró en su infancia el odio a los cartagineses, debíamos también jurarle a los españoles. Pues a pesar de esto digo, que la revolución no es el medio de que seamos felices, que somos socios de un mismo Estado, que debemos vivir sujetos a una dinastía de un modo racional, y que sólo debemos propender a que nuestras santas leyes se ejecuten, se extingan las perniciosas y se formen las convenientes al estado actual de estos países. Que se trabaje en romper la línea divisoria entre españoles, americanos y europeos, y que ya desimpresionados del error que ha sido tan perjudicial, nos hagamos mutuamente felices.

Esas crueldades de los españoles con los indios ¿no son de nuestros abuelos y tíos? ¿Acaso descendemos de hombres diversos? ¿Qué delito les imputaremos que no recaiga sobre nosotros? Que el indio se queje parece justo: que el español americano se funde en esa tiranía, es cosa bien extraña. El indio ha sido fiel aun sufriendo tanto, ¿por qué no sólo serán los que han padecido menos, procurando remediar el daño sin la infame rebelión?

Si los españoles europeos no concurren a este fin, teman también la última catástrofe y tragedia. La vista de Dios jamás se turba, ni oscurece. El profeta Jeremías aseguraba las victorias al Rey de Babilonia; pero al mismo tiempo hacía la predicción de la ruina de aquel reino. Cuando Escipión el Emiliano destruyó a Cartago y lo entregó a las llamas, quedó en triste silencio por gran rato y arrojando de lo profundo del corazón un suspiro, repitió los versos de Homero: "Tiempo vendrá en que perezcan la

* Publicada bajo el título de **Plan del Perú** (Filadelfia, 1823), aparece en el presente volumen.

³ Es el sentimiento común de los Europeos plebeyos, o sin principios. Hemos visto y tratado muchos distantes de esta preocupación y excelentes padres de familia.

sagrada Troya, el belicoso Priamo y su pueblo". Este anuncio sobre Roma, es el mismo que el racional aseguraría sobre España al ver las Américas desoladas, las casas entregadas al fuego, los reyes como viles esclavos sujetos a los grillos y cadenas, sacrificados al cuchillo y a las ascuas. Pero nada se realizará si se introduce la concordia, si cesan las guerras civiles y si se aprovecha el día que anuncia perfecta reconciliación y amistad verdadera.